

Victor Segalen

**Los orígenes
de la estatuaria china**

Prólogo de Jesús Ferrero

Traducción del francés de Hugo Castignani

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 67 (serie menor)

Índice

<i>El viaje primordial de Victor Segalen</i>	9
JESÚS FERRERO	

Los orígenes de la estatuaria china

Las quimeras del mausoleo de Qin Shi Huang	27
Los Reinos Combatientes. La época feudal de los Zhou. Los tiempos de Confucio	61
Los Zhou occidentales y los Shang	85
Los grandes ancestros. Los Xia, los Emperadores Sabios	99



**Quimera en la tumba del emperador
Wu de Qi del Sur (440-493 d. C.). Danyang,
segunda expedición de Segalen, 1917.**

Hay que ir más allá de la culminación, de la decadencia, remontarnos con un solo movimiento a los hermosos tiempos de la escultura Han y, por vez primera, preguntarse de dónde surgió su estatuaria. No descarto en este trabajo las influencias y aportaciones extranjeras que tuvo la estatuaria Han, pero evito su estudio detallado. Sin negar que haya existido, me centraré sobre todo en sus orígenes chinos. Siendo del periodo Han la más antigua de las estatuas, debemos caminar a tientas..., como un ciego, y hacia atrás. Puesto que nos falta piedra, habrá que recurrir al texto. Y los textos son, de hecho, concluyentes en este punto: existió una gran estatuaria,

funeraria o familiar, mucho antes de los Han. Intentemos ver, pues, lo que no podemos tocar.

Partiendo del sólido punto de apoyo de los Han —verdadero punto medio, en preciso equilibrio sobre la balanza cronológica— nos remontaremos, apartando poco a poco sombras únicamente iluminadas por palabras, a los predecesores inmediatos, a los Qin (221 a 206 a. C.), a los Reinos Combatientes (reyes sin emperador devorándose unos a otros durante treinta y cuatro años, entre el 256 y el 221 a. C.), a la clásica dinastía de los Zhou (1027-256 a. C.), a la intermedia de los Shang (1523-1028 a. C.). Y al fin, puesto que se trata de textos y los textos remontan hasta allí, llegar hasta la Primera Familia reinante, la de los Xia, cuyo inicio se sitúa en el año 1989 antes de nuestra era.

Preparando las grandes hazañas de los Han, la época Qin es más corta —quince años— pero parece igual de inmensa. Es cierto que no estamos hablando ya de una dinastía propiamente

dicha sino de un solo hombre, Qin Shi Huang, el «Primer Emperador» (*Shi Huangdi*). Descendiente de una familia guerrera, quinto rey de la poderosa familia de los Qin, será también el primero en conquistar todo el Imperio, destruyendo con ello el feudalismo caduco y familiar de los Zhou. Fue él quien, en este país respetuoso del pasado, tuvo la osadía y la fuerza de quemar el pasado, destronar reyes, acabar con el recuerdo de los reinos anteriores; borrar no solo los hechos, sino hasta el trazo de los hechos en los libros. ¿Es posible que las célebres piras donde los letrados perecieron, las fosas donde fueron enterrados vivos junto a los anales y las gestas no sean más que una leyenda? Quizá no. Hemos encontrado, todavía sobresaliendo en la planicie, una extraña elevación, ni túmulo ni terraza, conocida en la zona desde hace dos mil años como «el monte de las cenizas» y que señala con su grandeza la majestuosidad del incendio. Hemos dado al fin con algo más que una

leyenda alrededor de su nombre, ese nombre que llenaría por sí solo toda la historia de un mundo... Hemos dado con la tumba del Primer Emperador.

A pesar de las restricciones impuestas en este libro, consagrado enteramente a las formas en la piedra, su título me autoriza a decir algo más. Puesto que «estatuaria» no implica otra cosa que «estatua», tampoco prejuzga nada acerca de su materia. Una estatua puede moldearse con barro y no representar un ser determinado: ni un hombre, ni un caballo, ni un animal, ni una forma animada. ¿Acaso las montañas no son ellas mismas, cuando se alzan a partir de cierto grado, la estatuaria gigante de la tierra? ¿No podría el hombre intentar también esculpir o modelar no en una montaña, sino *una montaña*? Eso fue lo que se hizo, por primera vez sin duda, en tiempos de Qin Shi Huang; y eso fue lo que él consiguió, por sí mismo, para sí mismo, y en su honor.

La obra resultaba paradójica y poética. Tan poética que un poeta chino, Yuan Mei, casi nuestro contemporáneo, se apoderó de ella para componer un poema tan paradójico que, leyéndolo con atención, no podía creer que expresase la verdad. El poema decía:

Tres colinas superpuestas...

Y la descripción era rigurosa, minuciosa hasta el punto de simular una «exageración literaria», tan detallada —de hecho se apoyaba en una narración histórica, la de Sima Qian— que describía al mismo tiempo el interior y la apariencia del monumento. Y todo era cierto, puesto que todo ha sido descubierto y existe.

Las crónicas lo indicaban, con la desenvuelta precisión libresca y la insuficiencia para guiar sobre el terreno tan típicas de los textos chinos: «Qin Shi Huang, en Li Shan construyó...».

Pero Li Shan puede ser una montaña o una cadena montañosa. ¿Cómo buscar un terrón entre montes, una aguja en un pajar? Habíamos renunciado ya a buscar el túmulo, y la exploración que hacíamos de Li Shan era puramente desinteresada, cuando en el pueblo de Sin-tou-hien, mientras oteábamos el horizonte a nuestro alrededor desde lo alto de una muralla, un viejo nos dijo:

—¡Qin Shi Huang! Hay un túmulo... no muy lejos... a diez lis...

No veíamos nada a diez lis a la redonda. No creíamos tampoco en los textos antes citados, y todavía menos en las exageraciones poéticas. Sin embargo, nos rendimos a esa invitación tentadora.

De pronto, al subir una colina de tierra amarilla, el monte artificial apareció en su espléndida disposición. Había dejado de ser un terrón elevado; más que un monumento, era la estatua de una triple montaña. Los textos históricos,

el viejo y —lo más sorprendente— el poeta habían dicho la verdad. Era incluso este último, el poeta, el que desde el principio había sido el más exacto, el más riguroso: «Tres colinas superpuestas...», y en la pirámide abollada que se alzaba ante nosotros destacaban clara e insistentemente tres ondulaciones, tres escarpaduras que, con el vigor de un espaldarazo, se hacían notar en cuanto el ojo las detectaba... Y del poeta, la certidumbre pasaba al historiador.

Un aldeano que trabajaba la tierra de la penillanura nos respondió, sin necesidad de estela alguna:

—Es la tumba de Qin Shi Huang.

Situado a cinco lis al este del distrito de Lintong y a sesenta lis de la antigua capital, se trata del túmulo más antiguo de todos los que se han identificado con exactitud y que no parecen haber sido manipulados; es también el más grande, el que indica el más alto grado de sofisticación y expresa la máxima belleza.

El paisaje montañoso cubre casi toda la mitad sur del horizonte, y resultaba muy atrevido, ante esta soberbia estructura montañosa, erigir una obra de tierra sin más pedestal que el suelo. Aun así, eso es lo que el Primer Emperador exigió de sus arquitectos. Él mismo había fijado, en el año vigésimo sexto de su reinado y con todo el aparato de su soberanía ya bien establecido, este emplazamiento como su tumba, que yace en el valle como un inmenso sello. Él mismo, sin duda, había elegido los planos del hipogeo, y sabemos que aceleró su ejecución movilizándolo miríadas de trabajadores de refuerzo. Por vez primera, esta tumba nos ofrece la posibilidad de juzgar una gran figura de la historia china más allá de la mera disertación literaria. Y la obra vista no hace más que acrecentar la grandeza histórica: a su alrededor, las poderosas montañas se ven forzadas a representar un papel subalterno. No son otra cosa que un marco, una pantalla abierta, un decorado.